

él, aunque no sea de ningún modo necesaria para su felicidad. Pero, porque há creado al hombre precisamente para recibir de él un homenaje libre, siente una satisfaccion cuándo le vé llenar su fin, y, al cumplirle, merecer la dicha eterna que le há sido destinada como recompensa á esta fidelidad¹. — Cuál será, cristianos, la

1. *Et benedictus fructus ventris tui*. Qué sentimientos deben excitar en nosotros estas piadosas consideraciones? Ellos abundan delante del alma atenta para recogerlos. El primero es el de una admiracion siempre creciente por las grandezas de Maria. No es ya solamente en sus privilegios y en sus virtudes que pensamos en adelante medirlos: es en sus frutos, y qué fruto cómo el bendito de sus entrañas! El gran Bossuet llenó un dia á su auditorio de no sé que sentimiento de grandeza y de admiracion recordando los titulos de una ilustre princesa, « hija, esposa y madre de los más poderosos reyes de la tierra. » Oh! Maria, para concebir un sentimiento más elevado todavia de vuestra grandeza y de vuestra gloria, nos basta recordar cuál fué el fruto de vuestras entrañas y decir con el Evangelista: *Maria, de la cual há nacido Jesus*. — El segundo sentimiento que debe producir en nosotros este gran misterio es el del reconocimiento. Porque este fruto bendito de las entrañas de Maria no fué solamente para ella: fué tambien para nosotros; es el fruto divino destinado á ser, en el más angusto de nuestros sacramentos, el alimento de nuestras almas; al contrario del fruto del arbol de la ciencia del bien y del mal que nos inoculó el germen de la muerte, este es aquí el verdadero *fruto de vida* del cuál estamos invitados á sacar la dicha y la inmortalidad; y cuando estamos alimentados por él en la santa comunión, parece que es para nosotros, como para Maria, el *fruto de nuestras entrañas*. Participémos, pues, de su amor como participamos de su dicha, y pidamos los acentos de su reconocimiento repitiendo con ella: *Magnificat anima mea Dominum*. « Mi alma glorifica al Señor, porque há hecho en mí grandes cosas. » — Por ultimo, el efecto que produjeron en la Virgen santa las ultimas palabras de Isabel nos enseña que el medio el más seguro para conmover su corazon maternal es glorificar á su divino Hijo, y que nuestro culto y nuestros homenajes no pueden serla

Conclusion de nuestras reflexiones? No es difícil indicarla.

Acabamos de ver que Isabel, bajo la inspiracion del Espiritu Santo, há celebrado á Maria en si misma y en su hijo, y que por esta doble alabanza se há hecho más querida todavia que no lo era anteriormente de la Santisima Virgen. No tenemos más que imitar á Isabel para hacernos estimar de Maria. Alabémos y felicitémos, por consiguiente, á esta divina Virgen por ser la más maravillosa de las madres y por tener por Hijo al más admirable de los Hijos. Repitémosla con frecuencia, y con todo nuestro corazon, las palabras de Isabel: *Bendita tu eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. Sobre todo, honrémosla en su Hijo por una vida verdadera y en todo digna de él, digna de su soberania, de su bondad y de su santidad. Y esta divina Virgen vendrá á visitarnos, á nuestra vez, con las gracias de eleccion que nos obtendrá, y que nos ayudarán á merecer el ir nosotros mismos á volverla sus visitas en el cielo. Así sea.

El cantico Magnificat.

I. Como la Santisima Virgen glorifica al Señor. — II. Como se alegra con él.

La Santísima Virgen, nos dice nuestro Evangelio, habiendo llegado á casa de su prima Isabel, la saludó, y esta, inspirada al instante

agradables más que en cuánto nos lleven y conduzcan al culto y al amor de Jesus. Jesus solo es nuestro mediador. Maria no es grande y superior á toda criatura más que por el honor incomparable de habernosle dado, y no tiene derecho á nuestra inmensa confianza más que por el privilegio de conducirnos más seguramente y de unirnos más estrechamente á él. Vayámos, pues, á Maria con un tierno amor y una invencible confianza, pero siempre para llegar por ella á Jesus y por Jesus á Dios. Esos son los grados por los cuáles la divinidad há bajado del cielo á la tierra: esos son los grados por los cuáles debemos subir de la tierra al cielo. (Roulin. op. cit. 20 dia).

por el Espíritu Santo; se puso á ensalzar sus alabanzas así cómo las del Hijo divino que llevaba en su seno. Pues Maria, hasta entonces, no había testimoniado más que en el fondo del corazón su reconocimiento á *Aquel que vé lo que hay de más oculto*¹. Para dar gracias á Dios publicamente por los favores extraordinarios que le había concedido, hubiera sido preciso que hablase de estas gracias, y su perfectísima humildad le había aconsejado el silencio. Pero al oír á Isabel, comprendió que Dios mismo había revelado el misterio que había realizado en ella, y no pudiendo contener más los sentimientos que desbordaban de su corazón, exclamó: *Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está contentísimo con Dios, mi Salvador*.

Así el reconocimiento de Maria la impulsaba á estos dos actos, á glorificar á Dios y á alegrarse con él. Pero, cómo glorifica á Dios, y cómo se alegra con él? Es lo que me propongo estudiar con vosotros en la presente plática, en la que el ejemplo de Maria nos enseñará la manera de testimoniar á Dios nuestro propio reconocimiento por los innumerables beneficios que no cesa de acordarnos cada día.

I. — *Cómo la Santísima Virgen glorifica al Señor?* — Quizás no será completamente fuera de propósito el comenzar por explicar lo que es glorificar al Señor, y decirnos si los hombres pueden glorificarle, y si lo deben.

Y desde luego, glorificar al Señor no es aumentar su gloria esencial, es decir, áquella por la cual él es infinitamente glorioso en sí mismo. Esta gloria es independiente de las criaturas, y hagan ó no hagan los hombres lo que quieran, no pueden ni aumentarla ni disminuirla; porque ella resulta de sus perfecciones infinitas, sobre las cuáles los hombres no tienen poder alguno. Pero esta gloria esencial, Dios puede manifestarla, cómo él mismo se manifiesta, por obras exteriores. Luego reconocer estas obras cómo siendo de Dios, y alabarlas, es lo que se llama glorificar á Dios.

1. Matth. vi, 4.

Comprendeis facilmente por éso que los hombres, así cómo los angeles, pueden glorificar á Dios, puesto que, estando dotados de razon, los unos y los otros pueden, en sus obras, ver sus perfecciones, admirarlas y dirigirle alabanzas.

Y desde el momento que los hombres pueden glorificar á Dios, lo deben, puesto que es el principal motivo para el cual la razon les há sido dada. Se concibe, en efecto, que un ser infinitamente perfecto, tál cómo es Dios, no podría proponerse, en sus obras, más que un fin perfectísimo. Y qué fin más perfecto que él mismo, Dios hubiéra podido proponerse en sus obras? Es por lo que el Espíritu Santo nos dice en alguna parte que todo lo que Dios há hecho, lo há hecho para él mismo¹. Es, pues, para él mismo que Dios há dado la razon al hombre, á fin de que se sirva de ella para glorificarle. De dónde se sigue que es para el hombre un deber, y el primero de sus deberes, el glorificar á Dios.

Pero, cómo glorificarle? Es lo que Maria nos enseña hoy con su ejemplo, cuando exclama: *Mi alma glorifica al Señor*. Por estas palabras, en efecto, la Santísima Virgen nos enseña que, para glorificar dignamente al Señor, es el alma sobre todo que debe obrar. Sin duda, las criaturas insensibles, y la materia de que están compuestas, glorifican también á Dios de cierta manera, manifestando su poder, su inteligencia, su sabiduría y su bondad. Es por esto que el rey David nos dice: *Los cielos cantan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*². El cuerpo y los miembros del hombre pueden contribuir, cada uno segun su destino á glorificar á Dios. Las manos le glorifican levantandose hacia el cielo; las rodillas le glorifican doblandose hasta tierra; la lengua le glorifica cantando sus alabanzas. Pero las manos, las rodillas, la lengua, todos los demás miembros y todas las particulas del cuerpo humano no glorifican á Dios más que de una manera puramente material. Sin embargo, hay en el hombre algo más que

1. Omnia propter semetipsum operatus est Deus.

2. Ps. xvii, 1.

miembros y materia : hay tambien un alma inteligente. Y, porque todo lo que há hecho Dios debe glorificarle, el alma tambien debe hacerlo. Digo el alma, porque ella está tanto más obligada á glorificar á Dios cuánto que es más elevada en la jerarquia de los séres. Ella solamente, en efecto, con los angeles, sabe lo que hace, comprende lo que hace, obra libremente en todo lo que hace. De dónde se sigue que puede glorificar á Dios de una manera más perfecta que las criaturas puramente materiales. Y es precisamente por esto que está más obligada todavía que las criaturas á glorificar á Dios.

Por consiguiente, para cumplir con nuestro deber de glorificar á Dios, no debemos limitarnos á glorificarle con el cuerpo solamente, es decir, por los gestos, movimientos, posturas y palabras. Es preciso sobre todo que podamos decir con Maria : *Mi alma glorifica al Señor*. Lo que sucederá, si nos aplicamos sobre todo á conocerle tanto cómo podamos, á admirar sus perfecciones y sus obras, á concebir sentimientos dignos de él, y á darle las gracias por sus beneficios y por sus favores innumerables .

Para glorificar á Dios cómo debemos, hay otra condicion que encontramos igualmente expresada en las palabras ya citadas de la Santísima Virgen, y esta condicion es la de glorificarle siempre.

La Santísima Virgen no dice, en efecto ; *Mi alma há glorificado, ó : Mi alma glorificará al Señor* ; ella dice : *Mi alma glorifica al Señor*, es decir, que le glorifica en todos los momentos, y no deja nunca de hacerlo. Y es igualmente tambien como debemos nosotros mismos glorificar á Dios. Debemos glorificarle casi cómo respiramos ; de tál modo que, asi cómo no cesamos un instante de respirar mientras vivimos, de igual manera no debemos cesar un solo momento de glorificar á Dios.

Y no créais que esto sea imposible, ni tampoco difícil. Nuestro Señor no nos há recomendado, orar sin cesar¹ ? Si, sín duda ; y por eso mismo que nos preceptua este mandamiento, nosotros

1. Luc. xviii, 1.

podemos practicarlo ; puesto que siendo nuestro Criador, él sabe de lo que somos capaces. Pues bien, no es difícil glorificar á Dios sin cesar como no lo es el orar constantemente. Pero cómo ? Escuchémos lo que San Agustin nos dice de la oracion constante ; « La oracion, dice, no es otra cosa más que el deseo del corazon ; y si vuestros deseos se sostienen sin cesar, vuestra oracion es continua... Cualesquiera que sean vuestras dificultades y ocupaciones, si en medio de todo esto deséais el descanso de la vida eterna, vuestra oracion no es interrumpida¹ ; » San Basilio entra, sobre el mismo asunto, en más detalles ; « La oracion, dice, consiste tambien en las acciones que se hace en todo el curso de su vida siguiendo las reglas de la virtud. *Séa que comamos*, dice San Pablo, *seá que bebamos ó que hagamos cualquier cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios*². Sentados en la mesa, orád. Comeis pan ? dad gracias al que os lo dá. Bebeis vino para restablecer vuestras fuerzas ? Acordádos que es Dios quién os lo há dado para fortificar el corazon y sosteneros en las enfermedades humanas. Estais satisfechos ? no olvideis que es por los beneficios de Dios. Os vestis ? pensád que es Dios quién os dá con que vestiros, añadiendo tambien en esto lo comodo á lo necesario. Acaba el dia ? dad gracias á Aquel que os há dado la luz del sol para alumbrar el trabajo del dia, y la del fuego para suplirla durante la noche. La noche misma os dá ocasiones nuevas para orar, contemplád la belleza de los astros, y rogád al Señor del cielo, adorád al Criador infinitamente sabio que lo há hecho y creado todo. — Es asi como podréis orar sin cesar ; y no serán palabras solas que compondrán vuestra oracion, serán todas las acciones de vuestra vida, y por este medio una oracion perpetua y no interrumpida³. » Y es igualmente así, añadirémos, como nosotros glorificarémos á Dios sin cesar ; porque, cómo lo hemos hecho ya notar, todo lo que se puede decir de la oracion continua, conviene en todo punto á la perpetua glorificacion de Dios.

1. I. Cor. x, 31. — 2. Enarr. in Ps. xxxvii.

3. Hom. in martyr. Julitt.

Por lo demás, no hay nada más justo que esta glorificación de Dios. Porque no es Dios siempre y sin cesar infinitamente perfecto, infinitamente poderoso, infinitamente sabio? Es Dios un solo instante sin sér bueno y misericordioso, sin colmarnos con sus beneficios, y perdonarnos nuestras faltas? Porqué, pues, entonces no glorificáremos á Dios más que en ciertos tiempos y en ciertos días? Que en algunos tiempos y en algunos días, como los domingos y las fiestas, en la cuaresma, en una mision ó en una peregrinacion, se le haga de una manera más solemne, está muy bien, porque en estas circunstancias se excita, con el ejemplo, los unos á los otros, á quién lo haga mejor. Pero siendo Dios siempre, es preciso que siempre, en todo instante, adorémos su presencia y glorifiquemos sus perfecciones, séa con nuestros pensamientos, séa con nuestras palabras, séa con nuestras acciones, emprendidas y continuadas con el deseo de hacer su voluntad y rendirle homenaje.

II. — *Como Maria se alegra con el Señor.* — Alegrarse es también una manera de glorificar á Dios. Porque el que se alegra señala que está contento; y estar contento de Dios, es glorificarle, puesto que es testimoniar que se há sido el objeto de su infinita bondad y de su infinita misericordia.

También es preciso evitar el participar de este prejuicio de las gentes del mundo, que no conciben la piedad más que con un velo de tristeza, y que se imaginan que no se puede servir á Dios y estar contento. Hay en eso, en efecto, un error completamente radical. Porque si la alegría se encuentra en alguna parte, es en los que sirven fielmente á Dios. Entre los sectarios del mundo, se advierte mucho movimiento, ruido, risas también, es decir, algunos signos exteriores de alegría; pero alegría verdadera y réal, es decir, de este sentimiento de felicidad que inunda y enardece plena y agradablemente el corazón, no la hay. No la hay, y no puede haberla, porque el manantial no puede dar más que lo que contiene, y que las cosas en las cuáles los mundanos van á sacar su alegría son tan vanas cómo fragiles. Qué alegría puede dar la gloria humana, ligero humo que se disipa en un momento y puede sér rem-

plazado por la vergüenza? Qué alegría pueden dar los placeres sensuales, que se cambian en amargura al instante que son gustados? Qué alegría pueden procurar las riquezas, que el orin roe y que los ladrones quitan?

Aun cuando los verdaderos servidores de Dios no tuviesen, para alegrarse, más que la voluntad de Dios, su alegría sería tan pura cómo solida. Porque Dios quiere que sus servidores se alegren. En el cielo, la tristeza es desconocida, y los santos se alegran á porfia con los angeles. No se vé más que rostros centelleantes, no se oye más que canticos de alegría. Y en la tierra, la voluntad de Dios es igualmente que sus servidores estén en la alegría. Servir á Dios con la alegría honra á Dios; servirle con tristeza le incomodaria, porque se daría á entender con eso que no se está al servicio de un Señor bueno y amable. Hé ahí porque el apostol San Pablo nos dice expresamente no hacer nada, en el servicio de Dios, con disgusto y cómo forzados, porque *Dios no ama más que al que le sirve alegremente*¹. Mucho antes, el Espíritu Santo nos había ya dicho á todos por el organo del rey David; *Servid á Dios con alegría, porque somos su pueblo y las ovejas de su rebaño, él es bueno y su misericordia es eterna*².

Luego, la alegría no nos está de ningún modo prohibida, muy al contrario. Pero, cómo debemos alegrarnos? Escuchémos lo que dice Maria, y sepámos cómo ella misma alegrarnos: *Mi espíritu, esclama, está arrebatado de alegría con Dios mi Salvador*. Toda la practica de la alegría cristiana se encuentra expresada aquí.

Y desde luego, lo que debe alegrarse en nosotros, no es la carne, no es la concupiscencia, no son nuestros sentidos, no son nuestras pasiones. La carne, la concupiscencia, nuestros sentidos y nuestras pasiones, lejos de ser motivo para alegrarse, deben ser tratados de una manera que les dé motivo para gemir. Es decir, que debemos combatirlos, reprimirlos y debilitarlos, cómo hacia San

1. II. Cor. ix, 7.

2. Ps. xcix, 2, 3 et 4.

Pablo, que nos dice. — *Yo castigo mi cuerpo y le reduzco à la servidumbre, de miedo que despues de haber predicado à los demás, no sea yo reprobado*¹. Es en su carne y en sus pasiones que los mundanos se alegran, y hé aquí precisamente porque su alegría, que, por otra parte es tã fragil y tã vana, há sido maldecida por Nuestro Señor cuando há dicho: *Desgraciados vosotros, ricos, porque teneis vuestra satisfaccion. Desgraciados vosotros que estais hartos, porque sufriréis hambre. Desgraciados vosotros que reis ahora, porque estaréis en la afliccion y llorareis*².

Qué es, pues, lo que, en nosotros, debe alegrarse? La Santisima Virgen nos lo enseña; es nuestro espíritu. Sin embargo, las alegrías del espíritu no son todas igualmente laudables. Las hay indiferentes, cómo son las que se prueban leyendo un libro bien escrito, contemplando un hermoso objeto de arte, oyendo una pieza de musica. Las hay tambien criminales; tãl es la alegría del orgulloso, cuándo eclipsa à sus rivales; tãl es la alegría de vengativo, cuándo vé à sus enemigos abatidos y humillados; tãl es toda alegría que procede de las pasiones, y que mata el alma no menos seguramente que las alegrías procedentes de la materia y de la carne.

Cuál es, pues, por ultimo, me diréis, la alegría del espíritu de la que debemos alegrarnos? Es, os responderé refiriendome siempre à las palabras de la Santisima Virgen, es la alegría que se siente con Dios nuestro Salvador; es decir, la alegría que se tiene en créer en él y en su palabra con una perfecta tranquilidad de espíritu, sin temor alguno de estar en el error; la alegría que se tiene en poner en él, toda su confianza; en él, que puede todo lo que quiere y que quiere todo lo que nos es bueno; la alegría que se siente en servirle y en amarle, à él, el mejor de los Señores y el más tierno de los padres. Hé aquí, cristianos, la alegría en la cual debemos complacernos. Hé aquí, la alegría que nos está mandada: *Alegrá-*

1. I. Cor. ix, 27.

2. Luc. vi, 24 et 25.

dos siempre en el Señor, nos dice San Pablo, que añade en seguida: *Yo os lo digo tambien; alegrádos*¹. Hasta en medio de las calumnias y de los ultrajes, hasta en medio de los oprobios y de las persecuciones, habia yã dicho el Salvador à sus discipulos, *alegrádos y hacéd aparecer vuestra alegría*². Y vosotros veis à los apóstoles practicar esta recomendacion de su divino Maestro, cuándo, despues de su resurreccion, habiendo sido presos y azotados por haber predicado su nombre, el escritor sagrado nos los muestra saliendo del pretorio de sus jueces, *llenos de alegría*³. Despues, todos los buenos cristianos de aquí bajo, que son despues de su muerte los santos del cielo, no hán cesado nunca de obrar así: en la adversidad cómo en la prosperidad, se hán siempre mostrado contentos y alegres con su suerte, cualquiera que fuése.

Ahora, quereis saber porqué debemos alegrarnos con Dios? Yã os hé dado una razon: es que alegrarse con Dios es honrarle, y que todo lo que honra à Dios debemos hacerlo, en la medida de nuestro poder. Pero debemos alegrarnos con Dios por otro motivo tambien, y este motivo es que la alegría es un principio de fuerza. Quién no há hecho la experiencia? Quién no há réalizado facilmente y sin esfuerzo, con la alegría, lo que no habria solamente querido emprender en la tristeza? La tristeza tiene por efecto abatir el alma, cómo las nieblas y las escarchas abaten las flores, y en general toda vegetacion; la alegría por el contrario la levanta, le dá firmeza y vigor; así como hace el sol con relacion à las flores y à toda vegetacion en general, lo mismo acontece con la actividad humana, segun esta observacion de un filosofo moderno⁴, que en los dias brumosos y tristes, el hombre pierde una parte más ó menos notable de sus medios. De suerte que, aquí cómo en todas partes, el mandamiento divino no considera solamente à Dios, sino que favorece tambien nuestros intereses, puesto que nos es ventajoso que el sol de la alegría brille siempre en el zenit de nuestra alma,

1. Act. v. 41. — 2. Maine de Biran. — 3. Act. v, 41.

4. Maine de Biran.

à fin de hacerla más facil el cumplimiento de todos sus deberes.

Conclusion. — Cómo debemos glorificar al Señor, cómo debemos alegrarnos con él, tales son, pues, las dos lecciones que nos dá la Santísima Virgen en los dos versiculos de su cantico, el *Magnificat*, los solos que la Iglesia propone à nuestras reflexiones en el Evangelio de esta piadosa y tierna fiesta. Para glorificar al Señor cómo debemos, es necesario glorificarle no solamente con el cuerpo, sino sobre todo con nuestra alma, y esto de una manera continua, sino de hecho, por lo menos con la intención y el deseo. Y en cuánto à la manera de alegrarnos, es con Dios, nuestro Salvador que es preciso hacerlo, así como lo há hecho la Santísima Virgen, y nunca con las cosas puramente materiales ni con nuestras pasiones. Estas dos lecciones cristianas, no son sin importancia, puesto que se refieren à dos deberes que es necesario cumplir en todo momento, el de glorificar à Dios y el de alegrarnos con él en todos los acontecimientos y en todas las circunstancias de nuestra vida de cada dia. No los olvidémos, pues, sino practiquémoslos con fidelidad, y contribuirán grandemente, no lo dudémos, à obtenernos la entrada en el cielo, en dõnde continuaremos à glorificar à Dios y alegrarnos con él para siempre, en la sociedad de la Santísima Virgen, de los angeles y de todos los élegidos. Así séa.

INDICE

DE LAS MATERIAS DE ESTE TOMO

Festividad de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen.

La genéralogia de Jesucristo.

Ella prueba : I. La divinidad de Jesucristo. — II. La divina Maternidad de Maria. — III. La necesidad de su Inmaculada Concepcion 1

El dogma de la Inmaculada Concepcion.

I. En que consiste. — II. Sus pruebas. — III. Objeciones y respuestas 22

Consecuencias de la Inmaculada Concepcion.

I. Consecuencias para Dios. — II. Consecuencias para la Santísima Virgen. — III. Consecuencias para nosotros mismos . 39

La festividad de la Inmaculada Concepcion.

I. Su historia. — II. Lo que es preciso hacer para celebrarla bien 53